



IN MEMORIAM

El día 19 de julio del año 2007, cargado de años y de trabajos, ha fallecido en Abancay (Apurímac, Perú), *monseñor Enrique Pélach y Felú*, obispo emérito de la Diócesis.

Monseñor Pélach nació en Anglés (Gerona) el 3 de octubre de 1917. Fue ordenado sacerdote el 6 de enero de 1944, y seguidamente estudió en la Universidad Gregoriana, licenciándose en Misionología. Desde su infancia latía en él un gran afán misionero; ésta es la razón de que estudie Medicina en el Hospital Romano de san Giácomo y funde en Barcelona una Escuela de Medicina Misionera. Cuando estudiaba en Roma, conoció y trabó amistad con san Josemaría Escrivá de Balaguer. Fue el primer sacerdote diocesano en pedir la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz fundada por san Josemaría como parte del Opus Dei. En ella aprendió a buscar con empeño la santidad en su ministerio de sacerdote y de obispo.

En 1957, marchó a Perú, junto con otros cinco sacerdotes, para ejercer allí su labor sacerdotal en la Prelatura de Yauyos, en la sierra de Lima. Durante once años fue Vicario General de la Prelatura de Yauyos, Cañete y Huarochirí. El 25 de junio de 1968, Su Santidad Pablo VI lo nombró obispo de Abancay. La labor pastoral de monseñor Enrique Pélach durante sus muchos años de episcopado ha sido ingente. También su esfuerzo por dotar a la Diócesis de edificios y de templos. De este esfuerzo destacan, por su importancia, el Seminario de Abancay y el Santuario de la Piedad.

Con motivo de las Bodas de Plata del santuario de la Piedad le pedimos unas líneas contando su historia. Y para contar la historia del santuario escribió las páginas que ahora ofrecemos a nuestros lectores. Sean ellas, el mejor testimonio de cariño y de admiración hacia este Obispo inasequible al desaliento, pues la narración sencilla, casi ingenua, de sus recuerdos nos hace vislumbrar lo que fue su vida pastoral, densa, gozosa y fecunda.

Su sucesor en la sede de Abancay, monseñor Isidro Sanz, decía estas palabras en su hermosa homilía: “Su corazón fuerte, grande, delicado y generoso ha dejado de latir, después de una larga agonía. Era la despedida silenciosa de un gran padre rodeado del cariño de sus hijos y de sus hijas. Ese corazón ha dejado de latir en la tierra, pero no ha dejado de amar, porque el Amor con mayúscula –ese amor con que amaba a Dios y a los hombres– no se acaba nunca. En el cielo, totalmente metido en Dios, nos amará con más perfección y eficacia. Nos ama más y mejor”. En efecto, la muerte en Cristo fortalece y hace más claros esos lazos queridos por Dios, de paternidad, de amistad, que fueron asumidos, libremente, gozosamente, amorosamente.

LUCAS F. MATEO-SECO

Director de Scripta de Maria